

Torrado Mosconi, Ariel

*La misericordia y la verdad se encuentran, la
justicia y la paz se besan. (Ps 85 (84), 11)*

XLI Semana Tomista – Congreso Internacional, 2016
Sociedad Tomista Argentina
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Torrado Mosconi, Ariel. “La misericordia y la verdad se encuentran, la justicia y la paz se besan : (Ps 85 (84), 11)” [en línea]. Semana Tomista : Justicia y Misericordia, XLI, 12-16 septiembre 2016. Sociedad Tomista Argentina; Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/misericordia-verdad-justicia-paz-torrado.pdf> [Fecha de consulta:]

LA MISERICORDIA Y LA VERDAD SE ENCUENTRAN,

LA JUSTICIA Y LA PAZ SE BESAN

*(Ps 85 (84), 11)*¹

Introducción

La dos referencias que enmarcan la presente semana nos vienen a situar muy concretamente en lo podríamos llamar los verdaderos “nudos gordianos” de nuestro aquí y ahora tanto como sociedad cuanto como Iglesia en un mundo global. En efecto, aquella cuestión que planteaba el Doctor Común en la Suma Teológica se nos presenta hoy con meridiana actualidad en la complejidad y crudeza de situaciones y problemáticas con que nos encontramos en la vida corriente en todo nivel y en diferentes ambientes. Los dilemas que aparecen y las respuestas que requieren la relación entre poder y política, entre sistemas económicos y justicia. El sentido, los alcances y límites que deben darse a los avances científicos y tecnológicos en relación con el respeto de la naturaleza. La búsqueda de un punto de encuentro en un mundo globalizado y multicultural amenazado a la vez por la fragmentación y el terrorismo. El desafío de encontrar un denominador común capaz de aunar la voluntad de los argentinos en aras de una recomposición de nuestra patria que conjugue la memoria y la reconciliación. La necesidad de encontrar un principio teológico-pastoral que marque el rumbo de la Iglesia en este comienzo de milenio. Éstas y otras muchas cuestiones vayan como ejemplo de realidades que reclaman plantearnos una vez más la relación entre justicia y misericordia.

Digámoslo más brevemente: las cuestiones que una y otra vez desafían a la fe, a la filosofía y a la ética; la agresividad y violencia que signan tanto el escenario mundial - pensemos en la amenaza terrorista- como a escala personal -pensemos en la ruptura constante de vínculos familiares y amicales- nos desafían y reclaman una reflexión y unas propuestas de acciones serias y urgentes. Por lo mismo, me animaría a decir que, con las consecuencias y aplicaciones que podamos extraer de la actualización de aquella cuestión, contribuiríamos en gran medida a dar respuestas a interrogantes y necesidades así como remedios y vías de solución a situaciones tanto sociales como eclesiales bien actuales y acuciantes.

¹ Las la mayoría de las versiones actuales traducen “fidelidad”, lo cual pareciera más conforme a la literalidad del texto, en vez de “verdad” como lo hace la *Vulgata*. Por esto último, ya que arroja luz sobre nuestro tema, he preferido esta última acepción.

Tiene que sernos muy significativo para quienes nos encontramos hoy aquí iniciando nuestra semana el que el Santo Padre en la bula de convocación del jubileo extraordinario cite a Santo Tomás (Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia “*Misericordiae Vultus*” del Santo Padre Francisco n° 6, en adelante citaremos MV). Efectivamente, junto a la abundante fundamentación bíblica, a una cita patristica y otra del eucologio litúrgico, al magisterio papal y conciliar, aparece -como única referencia a un autor teológico- la del Doctor de Aquino. Y no es cuestión menor: en ella apoya su argumentación sobre el obrar misericordioso de Dios. Me parece algo más que una simple nota al pie. Amerita prestarle atención en nuestras reflexiones e intercambios de estos días.

El Año Jubilar

No puedo menos que congratularme por la elección del tema. Es un modo genuino y eficaz de “*sentire cum ecclesiae*”. En efecto, a pocos se les escapa que es voluntad manifiesta del Santo Padre proponer la misericordia como principio y forma de pensar y actuar de los cristianos. Ya desde su primer rezo del Angelus tras su elección al sumo pontificado se refirió a ella como “núcleo del Evangelio”²; es tema recurrente en sus predicaciones cotidianas; en sus gestos, iniciativas pastorales, viajes o visitas apostólicas lo lleva a la práctica y hace visible; y esto alcanza su punto más tangible en la celebración de un año jubilar extraordinario tal como él mismo lo expresa (MV 3).

Sería errado tomar este año jubilar como una celebración más con fecha de inicio y de clausura. Y ya está. El Papa Francisco lo inscribe en una línea de continuidad eclesial, magisterial y pastoral al señalar que lo inaugura en un aniversario del Concilio Vaticano II (MV 4), al citar el magisterio de los santos sumos pontífices que lo precedieron últimamente y al proponer algunas iniciativas pastorales concretas para toda la Iglesia. La “puerta santa” se abrió y se cerrará tanto en las basílicas romanas como en cada Iglesia particular pero la “Puerta de la Misericordia” de toda la Iglesia permanece abierta para que toda la humanidad pueda beber en ella de las fuentes de la salvación. En esta perspectiva y con este propósito es que se justifica dedicar toda una semana de búsqueda, intercambio y aprendizaje a este tema. También nosotros desde el pensar filosófico y la reflexión teológica abrimos esta puerta de la misericordia para aquellas personas que se proponen crecer en santidad y justicia delante de Dios; para aquellos hombres de buena voluntad que procuran vivir honestamente en paz; para

² Papa Francisco “Ángelus” del domingo 17 de marzo de 2013 en la plaza de San Pedro.

todos aquellos, en fin, que desean salir de la incertidumbre y los errores del mundo clamando -a veces calladamente, confusamente otras- por algo de luz, compasión y paz.

La patria en el año bicentenario de su independencia

Nuestro tema no es menos significativo, importante y necesario cuando lo referimos al presente de nuestra patria, en el año bicentenario de la gesta de la declaración emancipadora de Tucumán. En efecto, notemos cómo el vocablo “patria” prácticamente ha desaparecido de nuestro léxico cotidiano. Es sintomático. Tengo la impresión que denota la casi desaparición del concepto de patria de la cosmovisión colectiva de los argentinos y el consiguiente desapego a ella. ¿Dónde fue a parar el “amor a la patria” tantas veces proclamado y declamado aquí y allá? Ya ni oímos la expresión... Las raíces tanto psicológicas como sociológicas o culturales -apelando a una terminología más actual y englobante- (¡Más bien habría que decir: anti-cultural!) hay que encontrarlas en las rupturas de los lazos parentales, el trastocamiento de la institución familiar, el debilitamiento de la autoridad, la sospecha sobre toda dirigencia, la corrupción instalada en las instituciones de la república y los organismos estatales, la influencia de los “relatos”, que vinieron a reemplazar a las ideologías, sobre las jóvenes generaciones. En el fondo: la relativización o el eclipse de la verdad, la negación de la ley natural y la falta de una vida virtuosa o -lo que es lo mismo- la corrupción de las costumbres.

Los obispos de la argentina hemos apelado a la imagen de la “casa” -tomándola, como se darán cuenta, de la emblemática casa en donde se declaró la independencia- como metáfora a proponer para el reencuentro de los argentinos y la recomposición de la patria³. Es una imagen que inspira, motiva e impele a la acción, que debe hacerse realidad. En ese sentido mucho podemos aportar desde aquí al momento de pensar y proponer caminos y modos concretos de llevar a cabo esta magna tarea en cada estamento y ámbito de la sociedad. ¿Qué dice esta metáfora y cómo aplicarla en la familia, en las instituciones republicanas, en la empresa, el comercio y el trabajo, en las urbes y en el campo, en mayores, adultos y jóvenes, en el emergente “tercer sector”, etc.? Hay aquí un desafío filosófico, pedagógico y educacional, político y estratégico a la vez que de comunicación y empatía al cual el pensamiento cristiano debe responder e iluminar. ¡No podemos repetir literalmente viejas recetas ni tampoco retraernos quedándonos en la mera condena, la pena nostálgica y el pesimismo! Profundizar nuestra reflexión de la “filosofía perenne”, agudizar el ingenio para

³ 111° Asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina “Bicentenario de la Independencia: tiempo para el encuentro fraterno de los argentinos” Pilar 11 al 15 de abril de 2016.

extraer respuestas prácticas, animarnos a salir para proponer, ofrecer y donar de los nuestro es el camino que, hoy por hoy, tenemos por delante ¡Animémonos!

El planteamiento y la resolución de la cuestión según la visión tomista

Como sabemos, Santo Tomás aborda el tema que nos ocupa en varios escritos, aunque el punto resolutivo lo podemos encontrar en la cuestión 21 de la *Summa Theologiae*. Permítanme decirles -incluso a modo y con tono de exhortación- que estamos llamados a actualizar estos planteamientos del Doctor Angélico en el contexto de nuestra época y de cara a los desafíos antes citados que nos plantea la hora presente. No se trata -aclarémoslo debidamente- de una “relectura” en línea “correctiva-revisionista” como suele estilarse sino, por el contrario, “mutatis mutandi”, casi a modo analógico, recoger aquel “interrogarse y responder” del Santo Doctor refiriéndolo -como se dijo- al momento actual.

Así, la cuestión de si en Dios hay justicia y cómo se lleva a cabo; la relación entre esta, la verdad y la misericordia; y sobre cómo están presentes en el ser y actuar divinos arrojando mucha luz sobre la realidad de los hechos y acontecimientos. Efectivamente, la justicia es declamada y reclamada constantemente en nuestra sociedad, es un valor muy caro al hombre contemporáneo y al mismo tiempo, frecuentemente, se le da un contenido más cercano a la “ley del talión” o a un solapado impulso de venganza, que de una comprensión exacta y propia de la justicia según la ley natural y la revelación evangélica. Paradojalmente, el agnosticismo y el ateísmo moderno se sublevan y rechazan visceralmente la imagen de un Dios “que hace justicia” al tenerlo por cruel si castiga o injusto ante el sufrimiento de los inocentes. Sin olvidar la incoherencia que, en el común de los creyentes solemos caer en el engaño de reclamar que “Dios haga justicia” ante la iniquidad de los demás y sea clemente conmigo...

Me animaría a decir que Benedicto XVI nos “abrió los ojos”, no solamente a la Iglesia sino a la humanidad toda, sobre la cuestión de la verdad. Como humilde “cooperador de la verdad”, desde su cátedra de maestro de la fe a la vez que, con lucidez y valentía de profeta, nos ayudó a caer en la cuenta sobre el peligro de renunciar a la búsqueda de la verdad, sobre su obscurecimiento y relativización al punto de denunciar una “cultura del relativismo”. Ante este “signo de los tiempos” -relativizar la verdad- plantearnos la cuestión, integrarla con la misericordia y extraer las consecuencias de cara a la realidad es un favor no menor que hacemos a nuestros contemporáneos en hora de rumbo incierto y errático de nuestras sociedades. Clara, valiente y magníficamente expresado, sobre todo, en su trilogía de encíclicas “*Deus caritas est*” (2005), “*Spe salvi*” (2007) y “*Caritas in veritate*” (2009) y, por

qué no, aquella otra escrita “a cuatro manos” -según lo manifestó el mismo Papa Francisco- *Lumen fidei* (2013) que, como se sabe, preparó Benedicto y promulgó el Papa actual.

Así, recogiendo la intuición, la propuesta y la exhortación del Papa Francisco a redescubrir y vivir en la misericordia (MV 2), debemos profundizar nuestra reflexión sobre cómo conjugar verdad, justicia y misericordia desde la fe para aplicarla a todos los órdenes de la existencia ya que ella -la misericordia- se nos llama hoy a tenerla como “forma” de la vida cristiana⁴.

En esto consiste la vigencia -a mi entender- del planteamiento tomista sobre nuestro tema de cara a los problemas del mundo actual.

Antes de entrar propiamente en el núcleo de la cuestión, no está de más recordar que la raíz bíblica de nuestro vocablo está en los términos hebreos “rehamîn”, “hesed” y sus derivados, traducidos al griego sobre todo como “éleos”, “oiktirnós” y sus derivados, que, tanto la Vulgata como la mayoría de las versiones traducen, justamente, por misericordia. En el hebreo hace referencia a lo que proviene y aflora desde lo más profundo del ser, lo más genuino y auténtico y, por eso mismo, verdadero y cierto con una fuerte connotación pasional de ternura y afecto. “Por su entrañable misericordia, la entrañable misericordia de nuestro Dios”. En las traducciones al latín y, dependiendo de esta, a nuestro idioma, miseria se entiende en su doble connotación de indigencia, carencia extrema de lo necesario para vivir (“Están en la miseria”), como de la miserabilidad del actuar humano pecaminoso o vicioso y corrupto también en extremo (“¡Es un miserable traidor!”)⁵. Por eso mismo -para hacer solo una cita de uno de los más grandes Padres de la Iglesia- San Agustín decía que la misericordia “es la compasión que experimenta nuestro corazón por las miserias ajenas, y que nos compele a socorrerlas si podemos”(Cf. De civ. Dei 9,5: PL 41,261)⁶.

“Demostrando una exquisita comprensión del mensaje bíblico, Santo Tomás explica que toda obra de la justicia divina presupone siempre la obra de su misericordia y se funda en ella; es la misericordia la raíz primera de todas las obras de Dios. Esto significa que lo último en una reducción al fundamento, vale decir, lo absolutamente primero, es la sola bondad de la voluntad divina, la sobreabundante generosidad del Creador, que excede la proporción que

⁴ S. MORRA, *Dio non si stanca: la misericordia come categoria teologica*, EDB, Bologna, pag. 17.

⁵ Sobre la misericordia en la Sagrada Escritura podemos encontrar una presentación sintética y a la vez profunda en: www.mercaba.org/DicTB/M/misericordia.htm; X. LEÓN-DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica* Herder. Barcelona. “Misericordia”; MARCELINO LEGIDO LÓPEZ, “Misericordia entrañable: la historia de la salvación anunciada a los pobres” Sígueme. Salamanca. 1987. También en MV 6-9 encontramos una completa síntesis de referencias bíblicas.

⁶ *Pontificio Consejo para la promoción de la Nueva Evangelización*, “La misericordia en los padres de la Iglesia” San Pablo, 2015.

podría requerirse y que bastaría para conservar el orden de la justicia”⁷. Sírvanos esta cita de brújula, motivación y puente para entrar de lleno en el fondo de nuestra cuestión siguiendo el razonamiento y la argumentación del Santo Doctor Dominico.

El planteamiento de la Summa Theologiae nos lleva a acercarnos a la analogía del término para poder comprenderla adecuadamente⁸. Veamos:

1) *La misericordia es el mayor atributo de Dios*. Cuando Sto. Tomás de Aquino comenta el versículo Ef. 2, 4 “Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó...” afirma que la misericordia es casi la raíz del amor divino (Sto. Tomás de Aquino, *In Ef* II, I, n. 86) y también que la misericordia es el amor operativo y efectivo de Dios (Sto. Tomás de Aquino, *S.Th.*, q. 21, a. 3). La misericordia como atributo divino, entonces, está estrechamente unida a su omnipotencia, a su soberanía y a su bondad.

2) *La misericordia tiene un principio indudablemente afectivo en una “metafísica del amor”* (Sto. Tomás de Aquino, *S. Th.* I-II, q. 28, a. 6 ad 2). En el orden interno de la acción divina, en la medida que nace del amor, la misericordia tiene una dimensión afectiva. Dios, por lo tanto, no tiene misericordia sino a causa del amor, en cuanto nos ama como algo suyo (Sto. Tomás de Aquino, *S. Th.* II-II, q. 30, a. 2 ad 1). Lo cual, como se dijo más arriba, viene fundamentado y refrendado por la revelación bíblica: “misericordia entrañable” dice la Escritura.

3) *La misericordia es una virtud*. Sobre ello se interroga y responde también Tomás. Y de esta resolución depende la fundamentación y el sustento de un obrar misericordioso, de una moral regida por la misericordia, de un estilo misericordioso que no es debilidad, “garantismo” o impunidad sino responsabilidad habitual signada por la magnanimidad.

La misericordia, en sí misma, es la mayor de las virtudes porque pertenece a ella difundirse a los demás y sobrellevar sus defectos, y esto es propio de una virtud superior. Es en este sentido que la misericordia es propia de Dios y por ella, sobre todo, se dice que manifiesta su omnipotencia. En tanto que en nosotros, la caridad es más excelente que la misericordia, ya que respecto al que la tiene, la misericordia no es la mayor virtud, a no ser que quien la posea sea el ser supremo que no tiene superior a sí y a quien están sometidos todos los seres. Porque para el que tiene a alguien sobre sí, mayor y mejor cosa es unirse al

⁷ H. AGUER, *De la justicia y la misericordia* homilía en la misa para a Corporación de Abogados Católicos, parroquia N. S. de las Victorias, Buenos Aires, 18 de agosto de 2005. 5.

⁸ Dice el P. Dr. J. DE D. LARRÚ RAMOS, “Cabe por ello la pregunta, ¿en qué consiste la misericordia divina? ¿De qué misericordia hablamos? Una primera respuesta pasa por desenmascarar falsas concepciones de la misma. En primer lugar, es claro que la misericordia no es arbitrariedad caprichosa. En segundo lugar que no se confunde con la compasión como reacción afectiva, como falso consuelo. Y en tercer lugar que tampoco se identifica con la tolerancia del mal, no es la gracia barata de la que hablaba Bonhoeffer”. www.homiletica.org/ive/ive0684.pdf

superior que soportar el defecto del inferior. Y, por lo tanto, en cuanto al hombre, que tiene a Dios como superior, la caridad, por la cual se une a Dios, es mejor que la misericordia, por la cual soporta carencias o defectos de sus prójimos (Sto. Tomás de Aquino, *S.Th.* II-II, q. 30, a. 4). **AQUI**

Quiero hacer notar que aquí podemos ubicar la cuestión y la dinámica de la *conversión*. En efecto, este paso o momento de la vida de la gracia y la moral de la persona, hacen posible la “encarnación” -digámoslo así- de la misericordia divina en la conducta del cristiano. O, en otros términos, es mediante la conversión como llegamos a obrar y comportarnos con misericordia. Nada más lejano, entonces, de una idea “liviana” y “blanda” de la misericordia. En el orden del obrar humano, la misericordia, incluye, presupone y exige la conversión. En la medida que nos conformamos con Cristo que se entrega, somos transformados por Él. Una misericordia que no transforme al pecador no es verdadera. De este modo, la misericordia en cuanto virtud no es ajena a la justicia. Un grave malentendido de la misericordia sería, por ejemplo, aconsejar a una mujer que aborte o ayudar activamente a un enfermo terminal a cometer un suicidio. Eso sería una caricatura de la misericordia. ¡Cuántas confusiones se ven en este ámbito en los medios de comunicación que presentan situaciones dolorosas y desde allí quieren justificar actos intrínsecamente malos!

La misericordia jamás puede ir contra la verdad. La verdad nos hace libres y nos permite tener misericordia. Por ello sólo en el encuentro con la misericordia de Dios que nos hace reconocer nuestro pecado, nos llama al arrepentimiento y nos impulsa a la conversión podremos ser testigos y misioneros de la misericordia. Y aquí es cuando comprendemos también cabalmente la expresión del Papa Francisco cuando afirma que sólo actúa con misericordia quien primero la ha experimentado en su propia existencia (MB 9d)

En fin -aunque no por ello menos importante que lo anterior- es necesario y preciso señalar algo de capital importancia: la misericordia se encuentra en el corazón de las *bienaventuranzas evangélicas* “Felices los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia” (Mt 5, 7). Tanto como hábitos son acciones excelentes. Es en este sentido como la bienaventuranza está unida íntima y estrechamente a las obras de misericordia. ¡Quién practica la misericordia es feliz, vive en santidad y justicia!

Dice cierta y atinadamente el P. Larrú Ramos: “La analogía de la misericordia comporta, de este modo, una teoría de la acción que sepa distinguir sus diferentes momentos en su unidad intencional. De otro modo, se puede caer en penosas confusiones. La misericordia como atributo divino, como don de Dios, como afecto, como virtud y como

bienaventuranza y acto se dice de muchas maneras”⁹. Esto acabamos de intentar con la argumentación precedente.

Perspectivas de pensamiento y para la acción

“El evangelio de la misericordia divina en Jesucristo es lo mejor que se nos puede decir y lo mejor que podemos escuchar y, al mismo tiempo, lo más bello que puede existir, porque es capaz de transformarnos a nosotros y transformar nuestro mundo a través de la gloria de Dios en su graciosa misericordia. Esta misericordia, en cuanto don divino, es simultáneamente tarea de todos los cristianos”¹⁰. Esta referencia sirve de nexo entre el núcleo de la argumentación y las consecuencias que podemos ir sacando de ella.

La misericordia tiene en sí misma un *genuino potencial auténticamente humanizante*¹¹. Cuando la cuestión de la dignidad humana se plantea en meros términos de reclamo, demanda y reivindicación -sin negar por ello que tantas veces se pide algo justo- suele llevar a la división, el conflicto y las tensiones que, o terminan mal o se debe negociar, consensuar y llegar a un pacto que no satisface del todo a cada parte¹². Entrar en una lógica de misericordia posibilitaría un modo menos tenso, agresivo y mezquino de encontrarse para plantear cuestiones y situaciones de conflictos, superándolas por la vía de la magnanimidad, la paciencia mutua y la generosidad antes que por el enfrentamiento, en el que triunfa el que más puede o debiéndonos conformarnos con el resultado de una mezquina negociación (MV 15).

La misericordia puede *cualificar con el componente de la grandeza, la cordialidad, inclusive el afecto, las más variadas y vastas posibilidades de vinculaciones y relaciones entre las personas* (MV 11 y 16)¹³. En una época en la cual el cinismo es todo un síntoma de hasta dónde ha llegado la mentira, la simulación, el doblez y la manipulación, ella se nos presenta como antídoto que viene a remediar ese grave mal que nos afecta y del cual tal vez no alcancemos a darnos cuenta todavía. Ella puede insuflar en las relaciones humanas un contenido o plus de cordialidad, ternura y magnanimidad frecuentemente ausente en vínculos signados por la desconfianza, los rencores, el reproche, la conveniencia o la agresividad. En las últimas décadas ha habido en el ámbito eclesial -principalmente gracias al compromiso laical- un muy gran esfuerzo de integración entre fe-filosofía y ciencias. Es notable y

⁹ J.de D. Larrú Ramos, art. cit.

¹⁰ W. Kasper *La misericordia: clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander, 2012.

¹¹ W. Kasper, *obra cit.* 25

¹² H. Aguer, *Homilía cit.* 7.

¹³ W. Kasper, *obra cit.* 80 y 189.

beneficiosa, por ejemplo, el influjo positivo de esta integración entre la psicología y la espiritualidad referida a las terapias psicológicas, la dirección espiritual, etc. en sana y armoniosa colaboración y equilibrio. ¡Faltaría ahora alguien que se anime y aboque al diálogo neurociencias y teología!

Pensemos en la vertiginosa búsqueda de excelencia en todos los niveles, en la competitividad -tantas veces desleal- que ella genera. El mundo financiero es uno de los factores de poder más gravitante en la actual coyuntura mundial. No podemos olvidar -vaya como ejemplo- que las últimas crisis en el sector inmobiliario tuvieron repercusiones en los equilibrios de la banca mundial, en las finanzas de los estados y tuvieron consecuencias desastrosas en miles de personas “de carne y hueso” empujándolas a la bancarrota, el desempleo, el desalojo o directamente a la calle¹⁴. Con estas lógicas y dinanismos economicistas se camina fácil y rápidamente al “sálvese quien pueda” como principio y estilo de vida (o más bien de supervivencia) en esa selva en la que corremos el riesgo de convertir a la “aldea global”. Todo un desafío será el cómo se imposta e integra a la misericordia en cuanto principio, criterio, virtud y estilo en la complejidad de las relaciones económicas, financieras y administrativas teniendo presente -jamás podemos olvidarlo- a la persona concreta y el horizonte del bien común. ¡Qué gran aporte sería el que en esta semana o a partir de ella se comenzara a profundizar esta cuestión! La riqueza de la doctrina social de la Iglesia -una de cuyas fuentes es el pensamiento tomista-¹⁵ junto al magisterio de los dos últimos Papas nos pueden servir de seguro y valiosos sustento. Efectivamente, Benedicto XVI en la tercera parte de su encíclica *Deus caritas est* nos ofrece el fundamento y Francisco tanto en sus advertencias formuladas en *Evangelii gaudium* como en *Laudato sii* nos pone de frente al problema y sus consecuencias. *Conjugar justicia y misericordia* -y este es uno de los ámbitos más propios y tangibles- es también uno de los enormes desafíos de la hora presente (MV 19 al 21).

El Papa Francisco insiste y propicia una “cultura del encuentro”¹⁶ como condición, ámbito y posibilidad de diálogo, entendimiento y convivencia entre personas, naciones, culturas, religiones y ambientes diferentes, distantes o enfrentados. Esta cultura del encuentro no solamente requiere estar abierta al diálogo sino transida de misericordia¹⁷. Ella se nos presenta aquí, no sólo como un componente que crea un clima distendido y acogedor sino

¹⁴ H. Aguer, *Homilía cit.* 10.

¹⁵ H. Aguer, *Homilía cit.* 5.

¹⁶ Papa Francisco *Mensaje para la 48ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, bajo el lema “La Comunicación al servicio de una auténtica cultura del encuentro”. 24 de enero de 2014.

¹⁷ W. Kasper, *obra cit.* 182.

también, como capaz de amalgamar las partes, superando el conflicto y posibilitando una convivencia duradera (MV 23).

Otro desafío no menor -pensemos ahora particularmente en la hora presente de nuestra patria- sería el modo de incorporar justicia y misericordia conjugadas a las instituciones, a las fuerzas vivas y al conjunto de la sociedad¹⁸. La “*amistad social*”¹⁹ Cita bicentenario 1810 tantas veces tensionada y amenazada por atezamientos de discursos y relatos, que en realidad no les interesa la verdad de lo que afirman sino favorecer los intereses de su sector (llevar agua para su molino) se vería sostenida y reforzada por este nuevo componente. Anoto como cuestiones que pueden entrar en la reflexión a desarrollar por expertos en estas materias. ¿No sería el principio justicia-misericordia superador del dilema “garantismo” o “rigorismo/mano dura” en la esfera del derecho? ¿cómo introducir el factor “misericordia” en los crispados debates políticos, en los escenarios tensionados por las protestas o verborragia virulenta de los medios de comunicación? (MV 19 a 21)

No puedo menos que hacer, aunque más no sea, una breve referencia a la misericordia en el seno mismo de la *comunidad eclesial*. En este sentido deseo anotar dos realidades en las cuales el “principio misericordia” tendrá gran gravitación en la vida de la Iglesia: su unidad y su misión (MV 10. 12. 17 b. 18)²⁰.

Somos conscientes de que aquí y allá, por distintos motivos, reaparecen una y otra vez en la comunidad creyente tensiones y amenazas a la *unidad*. Es un hecho que no podemos negar aunque las explicaciones que queramos darle sean de las más variadas, casi siempre echándole la culpa al que “no es de los míos”. En los extremos siempre nos encontramos con un “irenismo” del “aquí no pasa nada” a “seguir barriendo bajo la alfombra” porque todo es armonía, comunión y participación. O el otro extremo de los que no ya vaticinan sino que dan por acontecido un “cisma de hecho”. Lo cierto es que la dificultad siempre está y no podemos negarla. Un poco más (o una gran dosis de misericordia) no vendría mal para tener una consideración más ponderada, paciente y generosa de las situaciones. No es “buenismo” ni “rebaja de doctrina”. Tal vez (o sin tal vez) la misericordia sea la lente que nos ofrece hoy el Señor para mirar la verdad, la realidad, nos ayudaría a apreciar las cosas como son y no teñidas por nuestro preconceptos y prejuicios.

¹⁸ W. Kasper, *obra cit.* 177.

¹⁹ Hacia un Bicentenario en justicia y solidaridad (2010-2016) *Documento de los obispos al término la 96ª Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina (Pilar, 14 de noviembre de 2008)*.

²⁰ W. Kasper, *obra cit.* 153.

Es el mismo Santo Padre quien con la insistencia de su palabra y con imágenes y lenguajes que todos comprenden y a nosotros nos suenan familiares, nos llama a llevar adelante la *misión* de la Iglesia con misericordia. Es más todavía: a convertir la Iglesia misma en lugar de misericordia. Esto colorea la misión, la motiva y orienta de un modo renovado y arraigado en la mismas actitudes del Señor en su Evangelio a la vez que la pone en la línea de la tradición eclesial que supo dar en cada etapa de la historia la respuesta que el clamor, los errores y los dramas del mundo reclamaban.

En fin -aunque tal vez sea causa y una de las raíces de todo lo anotado anteriormente- no podemos dejar de introducir y plantear la cuestión que nos ocupa en la realidad de la *familia* ²¹ de cara a las relaciones filiales y fraternales así como también parentales y amicales. Aquí entramos en el ámbito de los afectos, las pasiones, la psicología, las conductas primarias, la educación, las concepciones morales y, por supuesto, las más íntimas convicciones de fe. Tocamos lo hondo, la profundidad, y -por eso mismo- la verdad más cierta del alma humana. Aquí la misericordia tiene mucho para “decir y hacer”. Como actitud y virtud puede normar y regir la conducta y las relaciones entre las personas generando un sano, bueno y bello modo de convivir. Este no estará exento de problemas, conflictos y tropiezos. Ella será alivio, cauce de resolución y factor de superación. Se nos presenta también como medicina y terapia capaz de cauterizar heridas o aliviar penas surgidas en la historia de una familia o grupo. Y por qué no, también, plantearnos una “pedagogía de la misericordia”, válida para muchos ámbitos pero particularmente en la educación de los hijos. Conjugándola con los debidos límites, la formación de la conciencia y la responsabilidad puede favorecer un estilo de convivencia no agresivo ni violento, menos competitivo, dispuesto a la generosidad y la reconciliación. Y esto prepara para las ulteriores convivencias de la vida (MV 13 y 14 b).

Una conclusión para recomenzar...

“La justicia sin misericordia es crueldad; la misericordia sin justicia es la madre de la disolución” (*Super Evangelium S. Matthaei lectura. Capítulo V*). Esta conocida expresión de nuestro Santo viene a servirnos de genial formulación para introducir el trabajo de estos días. Ella viene a darnos la orientación y la clave de la perspectiva de la reflexión que desarrollaremos.

²¹ Papa Francisco. Exhortación apostólica “*Amoris laetitia*” sobre el amor en la familia. 19 de marzo de 2016.

Llegando al final de esta intervención deseo formular una conclusión que pretende ser, a la vez, una motivación para continuar y desplegar toda la hermosa y desafiante tarea que tenemos por delante. No consiste sino afrontar el trabajo que he ido sugiriendo y proponiendo a lo largo de la presente exposición. Desde *“el prisma de la misericordia”*, iluminados, orientados, fundamentados y sostenidos por el genio y realismo de nuestro pensamiento, mirar muy de frente y afrontar con grandeza de ánimo, el noble y bello esfuerzo de reflexión y acción que será nuestro aporte lúcido, responsable y generoso a la Iglesia y al mundo.

Tomo prestadas las palabras de quien ha pensado teológicamente nuestra cuestión y nos estimula no solamente a seguir haciéndolo sino, sobre todo, a llevarla a la práctica: “Así, por medio de un rayo de la misericordia, nuestro mundo, a menudo oscuro y frío, puede tornarse algo más cálido, algo más luminoso, algo más digno de ser vivido y amado. La misericordia es reflejo de la gloria de Dios en este mundo y quintaesencia del mensaje de Jesucristo que nos ha sido regalado y que nosotros, por nuestra parte, debemos regalar a otros”²².

Ariel Torrado Mosconi

*Obispo de Santo Domingo en Nueve de Julio
Provincia de Buenos Aires. República Argentina*

²² W. Kasper, *obra cit.* 140.